



Territorio

Cada región delimita la cultura y marca la posibilidad de la descentralización del poder y de la búsqueda de un camino alterno para la unificación del país.

¿Cómo romper con la red de relaciones de interdependencia histórica y consolidar el territorio con base en el respeto, la inclusión y la confianza?

FUTURO ≡ N TRÁNSITO

La Comisión de la Verdad invitó a 39 autores a participar en Futuro en tránsito, un proyecto que plantea la necesidad de reflexionar sobre la relación que hemos tenido con el conflicto, para generar una nueva narrativa que nos permita encontrar matices para acercarnos y comprendernos.



Apoya:



TERRITORIO

FUTURO ≡ N TRÁNSITO

TERRITORIO

Francia Márquez

Tatiana Acevedo

Álvaro Restrepo

FUTURO ≡ N TRÁNSITO

Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición

Comisionados

Francisco José De Roux Rengifo, *presidente*
Alejandro Castillejo Cuellar
Saúl Franco Agudelo
Lucía González Duque
Carlos Martín Beristain
Alejandra Miller Restrepo
Alfredo Molano Bravo (q.e.p.d.)
Carlos Ospina Galvis
Leyner Palacios Asprilla
Marta Ruiz Naranjo
María Ángela Salazar Murillo (q.e.p.d.)
Patricia Tobón Yagari
Alejandro Valencia Villa

Secretario general

Mauricio Katz García

Directores

Gerson Arias Ortiz, *director para el diálogo social*
Tania Rodríguez Triana, *directora de territorios*
Sonia Londoño Niño, *directora de pueblos étnicos*
Diana Britto, *directora de conocimiento*
Juan Carlos Ortega, *director administrativo y financiero*

Oficina de cooperación internacional y alianzas

María Paula Prada Ramírez

Oficina de comunicaciones

Ricardo Corredor Cure

Futuro en tránsito

Dirección general: Alonso Sánchez Baute

Coordinación editorial: John Naranjo

Dirección de arte: Raúl Zea

Editores: Rodolfo Quintero Romero - Valentín Ortiz

Equipo de diseño: Juliana Salazar - Guido Delgado

Corrección de estilo: Andrés López - Alberto Domínguez

Mesa técnica

Paula Arenas Canal

Tiziana Arévalo Rodríguez

John Naranjo

Alonso Sánchez Baute

Territorio

FRANCIA **MÁRQUEZ**

TATIANA **ACEVEDO**

ÁLVARO **RESTREPO**

Territorio

© 2020 Francia Márquez

© 2020 Tatiana Acevedo

© 2020 Álvaro Restrepo

Esta publicación contó con el apoyo de la Unión Europea.

Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición

Francisco José De Roux Rengifo, presidente

Delegación de la Unión Europea en Colombia

Patricia Llombart Cussac, embajadora de la Unión Europea (UE) en Colombia

Red Nacional de Programas Regionales de Desarrollo y Paz — Redprodepaz

Fernando Augusto Sarmiento Santander, director

Las opiniones expresadas en este libro son de exclusiva responsabilidad de los autores y no necesariamente representan la opinión de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición o de los aportantes del proyecto.

ISBN COLECCIÓN FUTURO EN TRÁNSITO 978-958-5586-32-1

ISBN VOLUMEN: TERRITORIO 978-958-5586-52-9

© COMISIÓN DE LA VERDAD / REY NARANJO EDITORES 2020

Fotografías de los artículos: archivos de los autores

Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial en cualquier medio, sin permiso escrito de los titulares del copyright.

EL ACONTECIMIENTO DE LA VERDAD

Francisco De Roux

Presidente de la Comisión de la Verdad

UNA DE LAS PREGUNTAS CENTRALES DE LA COMISIÓN de la Verdad tiene que ver con la no repetición. De hecho, en nuestro nombre completo, estas dos palabras están incorporadas desde el inicio: Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición.

Y aunque también es parte central de nuestro trabajo la investigación histórica para desarrollar nuevas comprensiones de nuestro conflicto armado, la razón de ser de ese trabajo de esclarecimiento adquiere una dimensión más honda en la medida que sirva de base para no repetir la tragedia y así avanzar hacia un país en el que se transformen las causas que generaron la violencia.

Estamos convencidos de que solo si logramos reconocer las verdades de nuestro pasado de forma abierta y plural, podremos transitar a un futuro en donde las armas no sean una herramienta para fines políticos, económicos o de ningún tipo.

Desde este punto de vista, asumimos el trabajo de esclarecimiento como un acontecimiento, como un *happening*, en donde todos los colombianos y colombianas, desde diferentes lugares y perspectivas, teniendo como faro ético el dolor de las nueve millones de víctimas, deponemos miedos, prejuicios, posiciones de poder en intereses egoístas para permitir que la verdad se abra paso entre nosotros. Como podrán imaginar, no es un proceso fácil, pero seguimos empeñados en propiciar todos los espacios y estrategias posibles para que en una suerte de *in crescendo* constante, entre la verdad en la vida pública de los colombianos desde lo cotidiano, crezca nuestra consciencia colectiva para no tolerar más lo intolerable y nos sobrecoja una conmoción positiva que nos haga pensar en un futuro en paz.

Es en el respeto de las diferencias que lograremos el futuro compartido. Estos ensayos que conforman el proyecto Futuro en tránsito, con miradas y provocaciones intelectuales diversas, nos ayudarán a profundizar en las reflexiones que tenemos que hacer como ciudadanos, planteándonos preguntas difíciles y dilemas morales que nos interpelen en un país que dejó que la guerra generará cuatro millones de desplazados, doscientos veinte mil muertos, así como miles y miles de desaparecidos y refugiados.

Confiamos en que el diálogo que se inspira en estas lecturas nos ayudará a construir desde la búsqueda de la verdad el futuro en paz y dignidad humana que se merecen las futuras generaciones de colombianos y colombianas.

PRÓLOGO

EL CONFLICTO COLOMBIANO SUCEDIÓ, SOBRE todo, en el territorio, ese espacio de conocimiento y pensamiento que demarca geográficamente el desarrollo cultural, da pie a la construcción de identidad y ayuda en la comprensión e interpretación de las relaciones sociales.

¿Por qué el país urbano se niega a conocer, o aceptar, el horror y la tragedia que se vivió en los territorios y la maneja como la gente que en ellos habita les hizo frente, salieron más fortalecidos y le apuestan a la paz?

El territorio lo entendemos también como el principio de lo humano, la coincidencia de valores y la conciencia sobre la posibilidad de convivir sin olvidar el bienestar, la calidad de vida, la posibilidad de desarrollo, el cuidado de la naturaleza, la dificultad para ser oídos, la falta de oportunidades y los riesgos implícitos cuando se trata de hacer realidad la vida soñada.

Cada región delimita la cultura y marca la posibilidad de la descentralización del poder y de la búsqueda de un camino alternativo para la unificación del país. ¿Cómo romper

con la red de relaciones de interdependencia histórica y consolidar el territorio con base en el respeto, la inclusión y la confianza?

La Comisión de la Verdad invitó a 39 autores a participar en este proyecto, llamado Futuro en tránsito, que plantea la necesidad de reflexionar sobre la relación que hemos tenido con el conflicto armado interno, para generar una nueva narrativa que nos permita encontrar matices para acercarnos y comprendernos. A cada uno de ellos se le pidió escribir un texto desde su visión y experiencia particular sobre una palabra específica de trece que son fundamentales para desentrañar y comprender la problemática actual del país.

A través de diversas labores y disciplinas, Futuro en tránsito recurrió a la pluralidad discursiva expresada en la inclusión de la mayor multiplicidad de voces. El espíritu de cada uno de estos textos es generar un diálogo que dé luces, provoque, estimule el pensamiento crítico y lleve a la reflexión individual y al debate público para entendernos mejor como sociedad, nos ayude a avanzar en este complejo proceso de superar nuestro pasado y presente de violencia y construir ciudadanía.

En este caso, se invitó a la lideresa social Francia Márquez a escribir un ensayo sobre el territorio como el espacio donde se ponen en práctica los saberes ancestrales de nuestra cultura; a la geógrafa Tatiana Acevedo, que aprovecha su texto para narrar la transformación de varias de nuestras ciudades, vistas particularmente desde las historias de algunos barrios de invasión; y al bailarín y coreógrafo Álvaro Restrepo, quien

se vale del recuerdo de la historia de un niño cuyo cuerpo recorrió las calles y vivió la violencia para hablar sobre el cuerpo que habitamos, que es nuestra casa y es, también, un territorio físico, mental y espiritual.

Alonso Sánchez Baute

Director del proyecto



FRANCIA MÁRQUEZ

El territorio es la vida

PARA MUCHOS, EL TERRITORIO ES UNA FUENTE DE RIQUEZA acumulativa, un patrimonio que se puede vender y comprar, simplemente una propiedad privada. Sin embargo, la crianza comunitaria impartida por las mayores y mayores de la comunidad en la que me crie me enseñaron a comprender, ver y sentir el territorio como un espacio de vida, de construcción colectiva y comunitaria. Un espacio donde se recrea la cultura, donde se tejen relaciones de familia extensa y a su vez reglas de derecho propio o consuetudinario sobre el relacionamiento con el entorno, con la naturaleza. Estas enseñanzas desde la sabiduría ancestral me han permitido entender la filosofía ubuntu: «el soy porque somos». Esa filosofía no solo nos recuerda el vínculo entre los seres humanos, sino también con la naturaleza, la cual nos permite entender que no somos sus dueños, sino parte de esta. Por

tanto, cuidar la casa grande, la madre tierra, la pacha mama, es cuidarnos a nosotros mismos. Entendemos que el territorio se teje a partir de relaciones entre los seres humanos y los otros seres con quienes lo cohabitamos. De otro lado, comunitariamente hemos aprendido a ver el territorio como padre y madre, tal como constantemente nos lo recuerda Paulina Balanta: «El territorio es la dignidad y esta no tiene precio». El territorio para el pueblo negro es la posibilidad real de parir la libertad, la autonomía, la autodeterminación, es nuestro espacio para el ser. Por ello con frecuencia arengamos: el territorio es la vida y la vida no se vende, se ama y se defiende, así mismo la sabiduría comunitaria nos demuestra que *el territorio es la vida y la vida no es posible sin el territorio*.

He vivido el territorio en forma organizativa, comunitaria, familiar e individual, de distintas maneras. Por un lado, desde el sentido de comunidad, el territorio nos ha permitido ser Pueblo Negro a partir del desarrollo de nuestras identidades colectivas e individuales. El territorio es el espacio para el Ser, aquí ponemos en práctica los saberes ancestrales de nuestra cultura, los cuales se transmiten de generación en generación. En lo individual, el territorio me ha permitido autoreconocerme y autodeterminarme como una mujer negra, cuidadora de la vida. De las parteras o comadronas, los sabedores y sabedoras, las mayores y mayores hemos aprendido sus enseñanzas sobre la importancia de cuidar los ecosistemas del territorio, en tanto en estos se encuentran las plantas medicinales que ayudan a parir la vida, curar las

enfermedades del espíritu y del cuerpo. De igual forma los agricultores y agricultoras nos han enseñado a usar las fases de la luna, a sembrar desde la diversidad de cultivos y a usar elementos del mismo entorno para alimentar los suelos, que a su vez nos proveen alimentos. Estos saberes o formas de cultivar no solo generan una autonomía y seguridad alimentaria, sino que permiten un equilibrio armónico con la naturaleza. De otra parte, los saberes en la minería ancestral nos han permitido entender que, si bien esta es una actividad que permite condiciones económicas, hacerlo usando principios y valores comunitarios le da un sentido cultural, donde el autocuidado y la conservación siempre están presentes. Algunos de esos principios se basan en la solidaridad, el trabajo colectivo, el uso de los conocimientos ancestrales, como el empleo de plantas medicinales para curar o limpiar el oro, en vez de emplear mercurio, además de la utilización de un sistema de producción propia que permite realizar la minería articulada a otras actividades como la agricultura, la pesca, la cacería y la elaboración de artesanías, entre otras. A fin de mantener un equilibrio, es decir que la minería no es la única actividad que la comunidad realiza para su sostenibilidad económica, esta se entrelaza con muchas otras.

Vivir el territorio también es sentir el espíritu de la naturaleza que nos habla, que nos guía, que nos inspira a entender nuestra relación con este, relación que se liga a partir de prácticas y sentires comunitarios que se tejen entre la vida y la muerte, a partir de creencias, de actos fúnebres realizados

de manera específica en un territorio o comunidad. También el territorio y los elementos que lo integran son una inspiración que define los dialectos, nuestras formas de hablar, de narrar, las gestualidades corporales, la gastronomía, la forma como nos vestimos, la música, los bailes, nuestras formas de danzar, sin duda puestas en escena en medio de la cotidianidad, que le dan sentido mágico a la vida en comunidad. El territorio con todo lo que lo integra le da sentido a mi vivir individual y colectivo.

Desde otro punto de vista, el territorio ha sido un escenario de permanentes disputas de intereses económicos y políticos. Sobre ellos se ha impuesto la visión del desarrollo hegemónico que ha usado la violencia armada, el racismo estructural, el patriarcado y las políticas de muerte como formas de dominación, exclusión, marginalidad y desposesión de derechos étnicos territoriales para favorecer a la supremacía blanca de este país. Estas violencias estructurales han afectado el territorio y a quienes somos parte de él, en su mayoría pueblos negros, indígenas y campesinos racializados, empobrecidos y violentados. En gran parte de la geografía colombiana nuestras vivencias territoriales han estado tristemente definidas por estas situaciones de violencia impuestas. Situaciones que han deshumanizado nuestro ser y puesto el territorio en una lógica de mercado, donde el desarrollo se mide a partir de la acumulación de capital económico y no desde la redistribución social y conservación ambiental. Esto, por supuesto, se enmarca en una política de

muerte que nos ha llevado a vivir sistemáticas violaciones a los derechos humanos, tales como: destierro, desplazamiento forzado, amenazas de muerte en forma permanente, asesinatos, masacres, violencias sexuales, exclusión en términos de inversión social por parte del estado, militarización y control territorial por parte de actores armados que dejan como resultado violencias, además de las afectaciones ambientales que de manera directa el territorio ha vivido, son una amenaza constante frente a una vida armónica entre el ser humano y el territorio como fuente de vida.

* * *

Tristemente, haber sido desplazada de manera forzosa del territorio nos impide, a mis hijos y a mí, tener un vínculo directo con él, pero antes de esta situación todo lo que realizábamos estaba arraigado o conectado con el territorio. Algunas de las actividades que realizaba eran la minería ancestral a la orilla del río Ovejas o ir a pescar en horas de la noche, situación que ha ido cambiando para los jóvenes debido a la inseguridad que genera el conflicto armado. También en familia sembrábamos gran parte de la comida que consumíamos (hortalizas, plátanos, frijol, maíz, yuca y algunos frutales), criábamos gallinas, más los peces cogidos en el río, en otras palabras, no necesitábamos tener dinero para comer. Pero la vida nos cambió totalmente a partir de la relación que forzosamente nos ha tocado asumir en otro territorio, uno

urbano donde no tenemos posibilidad de cultivar, donde todo cuesta.

Nuestra relación con el territorio en la ciudad es de individuo, basada en la propiedad individual, en el desarrollo para la acumulación. Mientras que nuestra relación con el territorio donde nos sembraron el ombligo, era comunitaria, de construcción colectiva, donde se expresan alternativas al desarrollo para el buen vivir, para el vivir sabroso, que van desde compartir un plato de comida con los vecinos, hasta acompañar a una familia en una situación difícil de enfermedad o muerte.

Ayudarnos como comunidad es parte de nuestra esencia cotidiana. En ese sentido, muestra relación con el territorio ha cambiado a partir del desplazamiento forzado que hemos vivido. En otras palabras, esto es parte del destierro físico, cultural, espiritual y económico que vivimos como pueblos étnicos. Básicamente se rompe el cordón umbilical que nos conecta con el territorio en términos prácticos.

En términos laborales, mi condición de defensora del territorio, la vida y los derechos humanos me ha permitido continuar realizando de manera colectiva, con quienes aún permanecen en el territorio acciones de resistencia, de denuncia, de exigibilidad al Estado colombiano, para que brinde las garantías necesarias para que el territorio y la comunidad que lo cohabitan sean protegidos, situación que ha sido difícil porque ha sido el mismo Estado racial, quien nos ha violentado a partir del otorgamiento de títulos mineros a empresas multinacionales, sin consulta previa y en el

marco del conflicto armado, situación que se ha traducido en sistemáticas violaciones a los derechos humanos. De alguna manera estos hechos nos han permitido evidenciar la connivencia entre gobierno, corrupción y actores armados ilegales, los cuales nos declaran objetivo militar porque, según ellos, somos un obstáculo para el desarrollo. Esto nos lleva a preguntarnos: ¿cuál desarrollo? ¿Desarrollo para quién? ¿A cambio de qué?

Podríamos decir que este desarrollo no es y no ha sido para nosotros. En nombre del desarrollo esclavizaron a nuestras ancestras y ancestros. En nombre del desarrollo y la erradicación de la pobreza construyeron la represa de Salvajina. En nombre del desarrollo en el valle geográfico del río Cauca se despojó a los negros del territorio que nuestros antepasados lograron conseguir después de la abolición de la esclavitud. En nombre del desarrollo nos desplazaron forzosamente y han justificado un sinnúmero de violencias contra nuestra comunidad y el territorio. Sin embargo, a pesar de ello continuamos en resistencia por la vida, el territorio y la paz.

* * *

Yo podría intentar hacer una comparación entre la construcción social o comunitaria del territorio y la visión individual de este. La forma en que puedo analizar esto, es a partir de las relaciones que se tejen desde la ruralidad y la vida urbana. Desde mi punto de vista, en la ciudad las relaciones humanas

y del territorio giran a partir de la economía, todo cuesta todo vale, son más pensadas desde el individuo. Claro está que esto no es generalizado, porque se puede encontrar también comunidad en lo urbano, pero casi siempre esas relaciones surgen de seres humanos que han tenido una cercanía con el pueblo, un ejemplo son las comunidades desplazadas que intentan resignificar las vivencias de la ruralidad en la ciudad. Aquí, en lo urbano, predominan conceptos como el progreso, el desarrollo, la modernidad y la riqueza, entre otros. Estos son fundamentos que llevan al ser humano a pensar y actuar desde su condición de individuo y la mayoría de las relaciones giran en función de la acumulación de capital. La modernidad va definiendo reglas de comportamiento que son aceptadas y se van convirtiendo en parte de la cultura ciudadana. Por ejemplo, sería mal visto que fuera a tocar la puerta al vecino para pedirle algo de comer, o si me enfermo ese no es su problema.

En el campo, por el contrario, las relaciones humanas y con el territorio son más desde el cuidado, desde la distribución. Son más pensadas y vividas desde una cultura basada en el sentido de comunidad. Por ello, no es vergonzoso que yo llegue con hambre a donde el vecino y le pida un plato de comida, aquí esto no es mal visto, por el contrario, es sinónimo de humildad, de bondad y amabilidad. Si alguien se enferma la comunidad a su alrededor ni siquiera espera a que este solicite apoyo, las personas a su alrededor sienten que es parte de su responsabilidad apoyarle. En mi comunidad las

y los sabedores acuden a las plantas medicinales inicialmente, si estas no les oyen, entonces buscan cómo sacarlo para donde el médico.

* * *

Considero que el primer paso que debemos dar como seres humanos es entender que el gran territorio, la casa grande, la madre tierra, la pacha mama, el planeta, está viviendo una profunda crisis que extingue la vida todos los días. Crisis de la cual, si bien somos responsables, con claridad hay que decir que esta se ha profundizado por las acciones de gobiernos racializados, patriarcales, que han impuesto en gran parte del mundo políticas de muerte para favorecer la acumulación de capital en favor de unos pocos, la supremacía blanca, a cambio de las consecuencias frente a la crisis global que está viviendo la humanidad.

Deconstruir nuestra cultura basada en el individualismo, el crecimiento y la acumulación, para fortalecer una cultura más pensada desde lo comunitario, desde el cuidado colectivo, seguramente nos permitirá entender de mejor manera que no somos dueños de la naturaleza, que esta no nos pertenece, por el contrario, somos parte de ella, y si la cuidamos nos cuidamos a nosotros mismos, si la seguimos destruyendo nos estamos autodestruyendo.

En el marco de la pandemia que por estos días nos tiene en un autoencarcelamiento masivo, hemos podido ver cómo la

especulación sobre el desarrollo, el progreso y la modernidad que nos habían hecho creer que vivíamos en la ciudad, se ha ido desenmascarando; que en realidad si no fuera por el agua que se cuida en los territorios para proveer a la ciudad, y por la comida que los campesinos producen, las muertes y la desesperanza serían mucho mayores. Si entendemos que el agua, el aire y los alimentos que necesitamos para vivir, no nacen en el supermercado sino en el territorio, tal vez nuestro nivel de compromiso con el cuidado de la vida será mucho mayor.

La pandemia, que sin dudas está afectando mucho más a quienes padecen el racismo estructural, el patriarcado y las consecuencias de las políticas de muerte, es solo una de las tantas que seguramente tendremos que vivir si no realizamos las acciones necesarias para detener el avance de la crisis ambiental.

Considero que esto solo se puede lograr si a nivel mundial hacemos el tránsito de la política de muerte hacia una política para la vida, que debe contar con la participación social y comunitaria en definir acciones en la política representativa, y por elegir gobiernos dispuestos a construir alternativas al desarrollo. De otro lado, pasa por deconstruir el conocimiento académico que ha sido puesto al servicio de la política de muerte, y construir conocimientos puestos al servicio de cuidar la vida.

* * *

Tejer relaciones entre campo y poblado, a partir de conectar los saberes del territorio rural y el territorio urbano, tal vez nos permita encontrar maneras de vernos como comunidad, como familia extensa, tal vez permita entender que los problemas urbanos están conectados con lo rural y viceversa.

Creo que, si deconstruimos la cultura de consumo innecesario, tal vez las presiones del capital y las políticas extractivistas del Gobierno impuestas sobre los territorios disminuyan, y con ello disminuirán las violaciones sistemáticas a los derechos humanos.

Considero que el sentido de solidaridad no puede ser entendido solo desde el punto de vista de tender la mano al mendigo que necesita de mí; por el contrario, esta debe ser asumida como la responsabilidad que tenemos de trabajar colectivamente para detener la muerte generalizada y cuidar la vida en su máxima expresión. Esto pasa para que la gente en la ciudad entienda que cuidar la naturaleza no es un asunto de los pueblos negros, de los indígenas, de los campesinos. No, esta es una responsabilidad de toda la humanidad y no podemos evadirla más.

En la cotidianidad de mi vida, diariamente me encuentro personas que me dicen «gracias por su lucha, valoro mucho lo que usted hace en favor del medio ambiente»; «su lucha nos llena de orgullo», etcétera. Y entonces, me detengo un momento y reflexiono: ¡Ajá! ¿Cómo que mi lucha? En algún momento les he respondido: ¿Ajá, y la lucha suya pa' cuándo? Creo que la gente aún no ha interiorizado que esta no

es la lucha del líder o la lideresa social, sino que debe ser de todo un pueblo. Esto nos ayuda a fortalecer la esperanza y disminuye el riesgo frente a estos liderazgos que sabemos están siendo asesinados de manera sistemática. Globalizar la resistencia en favor de la vida, del cuidado de la casa grande, es una responsabilidad que no podemos evadir.

La mejor manera de lograr una Colombia posible es lograr la paz real, lograr una justicia real que logre erradicar el racismo estructural y el patriarcado. Ser capaces de construir una política para la vida que cierre las brechas de inequidad, desigualdad, que trabaje por implementar políticas antirracistas y antipatriarcales, que construya políticas económicas desde otras «alternativas al desarrollo» que propendan por la conservación ambiental. Esto, sin dudas, implica el tránsito hacia un gobierno alternativo, dispuesto a promover esos cambios estructurales en la sociedad. ‡





TATIANA ACEVEDO

Marcando territorio

MI ABUELA ARGÉNIDA MALDONADO NACIÓ EN 1929 DENTRO de una familia campesina en zona rural de Ocaña, Norte de Santander. Conoció a mi abuelo Eliécer a los 19 años y se casaron el nueve de abril de 1948. Eliécer era contrabandista y anduvo por Colombia y Venezuela. Sabía manejar camión, hacer cálculos matemáticos, leer, escribir y pegarle a la esposa. Argénida hacía y vendía empanadas. No sabía leer ni escribir, pero sí usar la máquina de coser. Juntos tuvieron cinco varones y tres mujeres. Eliécer murió a los 44 años.

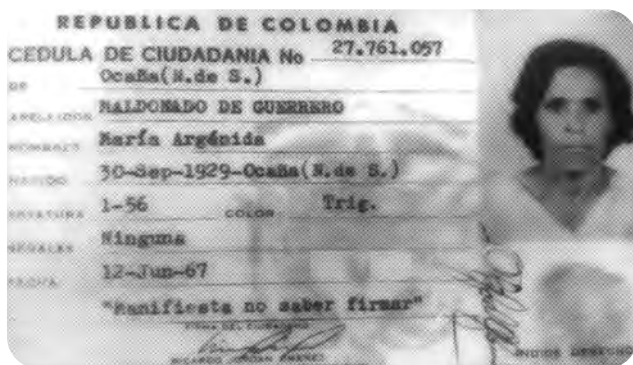
Argénida decidió vender casi todo lo que tenía y mandar a los hijos para la ciudad en donde estaban las oportunidades y las universidades. Eran los años setenta. Los primeros dos se fueron directo a la UIS y se quedaron en Bucaramanga. Los que vinieron después pasaron a la Universidad de

Antioquia en Medellín. El menor pudo conseguir un cupo en la UPTC sede Tunja y luego empezó a trabajar en Bogotá. Todos buscaron entrar a una facultad de ingeniería, sin importar a cuál.

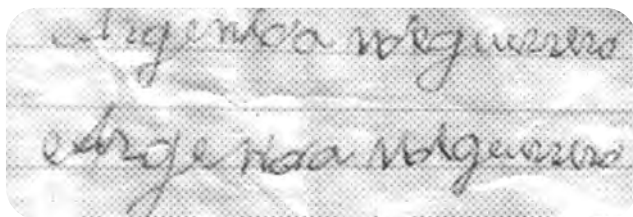
Las mujeres tomaron caminos más difíciles y al final de cuentas salieron de Ocaña; dos para Bogotá, una para Barrancabermeja. Para todas ellas la ciudad, con sus noches más largas y sus días tan inesperados, representó varios comienzos. Mi abuela Argénida fue a parar a Bucaramanga, donde se hizo a un apartamento en una ciudadela de interés social. Pagó a plazos su deuda y aprendió a escribir su firma. En la ciudadela, que tenía cancha de fútbol y de básquetbol, crió cuatro nietos. En los fines de semana trataba de asar carne y hacer arepas sobre una parrilla hecha con latas de pintura Pintuco. En un apartamento pequeño, sin patio y de ventanas estrechas, el humo salía hasta por debajo de la puerta.

Había tantas otras ocañeras en el barrio que lograron, domingo a domingo, consagrar la iglesia de la cuadra a la Virgen Morena de Ocaña o Virgen de la Torcoroma, que se apareció en una montaña cerca al municipio y hace milagros a los oriundos del Catatumbo en general. A fin de cuentas, muchas de las ocañeras originales del barrio, incluyendo mi abuela, permanecen allí hoy, acomodaditas en los osarios de la iglesia.

A la ciudad se llega a cambiar. Uno mismo puede cambiar. Puede además cambiar las circunstancias y el suelo. Agarrar



Cédula de mi abuela Argénida, emitida en Ocaña en 1967.
Foto del documento por Yamile Guerrero Maldonado.



Planas de mi abuela Argénida para aprender a firmar, Bucaramanga, 1990.
Foto del documento por Yamile Guerrero Maldonado.

un pedacito de ciudad. El profesor AbdouMaliq Simone nos recuerda que, pese a las dificultades que el rebusque encarna y a lo jodido que pueda llegar a ser el día a día en la ciudad, la gente casi siempre tiene planes de cambio en su mente.

Los colectivos de rap del barrio Lleras, en Buenaventura, explican cómo el barrio es el territorio y no solo hay que construirlo sino mantenerlo. Con sus canciones quieren delimitar el territorio. El territorio que crearon sus padres y abuelos, casi todos pescadores, al llegar a la ciudad y ganarle su suelo, metro a metro, al agua.

Además de estar rodeada por el océano Pacífico, Buenaventura está rodeada por arroyos y ríos: Dagua, Anchicayá, Calima, Raposo, Mayorquín, Cajambre, Yurumanguí, Agua Clara y Escalarete. La ciudad entera se fundó sobre una isla. En el barrio Lleras, familias que venían del campo, todas afrodescendientes, construyeron sus parcelas de tierra siempre húmeda a través de palafitos y rellenando el agua con arena. El puerto sobre el Pacífico había ganado cierta importancia durante los años setenta y ochenta y, administrado por la empresa estatal Puertos de Colombia, representó una modesta fuente de trabajo para la ciudad. Sin embargo, tras la privatización de puertos a principios de los años noventa, los sindicatos fueron abolidos y el empleo formal se fue de la ciudad. Durante esa misma década el puerto se consolidó como un nodo importante en el tráfico de cocaína.

«¡Que viva el barrio Lleras, aunque muchos quieran sacar-nos! Antes de ser tierra esto era puente, ¿y por qué ahora quieren desalojar a mi gente?», advierten los cantantes del Lleras. Saben que su barrio es uno de mar y de manglares. Los manglares, con sus peces y moluscos, nacen cuando aguas saladas se mezclan con aguas dulces. La palabra

«manglar» viene del lenguaje caribe o arhuaco y significa «árbol retorcido».

Durante los últimos veinte años, empresas estatales e internacionales invirtieron en megaproyectos de infraestructura para ampliar la capacidad del puerto. Estas ampliaciones fueron posibles gracias al accionar paramilitar, pues requirieron el desplazamiento de familias y barrios costeros. Los narcotraficantes de todos los niveles también necesitan espacio sobre el puerto, especialmente en los barrios a orillas del mar, para organizar los envíos. Así, una de las aristas del proyecto paramilitar en la región ha insistido en desalojar barrios como el Lleras.

«Qué pasa con esta sociedad, al pobre se le quita, al rico se le multiplica, la sangre me hierve el cuerpo me pica, ¿cómo me lo explican? (¿Cómo me lo explican?). Pero que nadie se vaya de mi barrio tan humilde que tanto hemos trabajado y nos hemos ayudado por una vida mejor». En la canción «Marcando territorio» varios raperos del Lleras describen sus conexiones con el lugar en donde nacieron, las calles donde jugaron y las viviendas que ayudaron a construir y mantener a flote. Cada uno sabe que, ante las amenazas constantes, la supervivencia de su familia depende de poder moverse rápido para otro lado. Pero se resisten porque saben que el Lleras con su pasado compartido, sus ritmos y sus mareas, es mucho más que un barrio. «Soy porteño, soy bonaverense, soy isleño, soy del continente, soy de barrio, soy de bajamar, soy de río, también soy del manglar».

En Barranquilla me quedo

Los últimos años de la década del ochenta fueron de transiciones en Colombia. La violencia aumentó significativamente debido al fortalecimiento de las guerrillas, el auge del narcotráfico y el surgimiento del paramilitarismo. Al mismo tiempo, el crecimiento desordenado y desigual de las ciudades alcanzó nuevos niveles como resultado de la falta de oportunidades en el campo y de los ataques armados contra la población. Estos fueron tiempos de profunda desigualdad. Según un informe del Banco Mundial, los niveles de desigualdad a principios de 1990 eran similares a los de 1938. La desigualdad se manifestó a lo largo de dos fracturas. Las disparidades sociales aumentaron entre las poblaciones de las zonas rurales y urbanas, sufriendo, las primeras, como lugares de enfrentamiento armado, mientras que las segundas crecieron como epicentros económicos. La segregación aumentó a la vez dentro de las ciudades, donde solo unos pocos se beneficiaron de la movilidad social.

El entusiasmo que llegó a la costa norte de Colombia en los setenta con promesas de repartir la tierra, otorgar préstamos y traer tecnologías de irrigación y de siembra, había menguado. A mediados de 1985, la gran propiedad engordaba rápidamente, se aceleraba la parcelación de minifundios y crecía el número de campesinos sin tierra. El mañana de las nuevas generaciones se tendría que forjar lejos de ahí. Para

entonces, ya la guerrilla de las FARC-EP había fortalecido su presencia en la región, vital para el tráfico de drogas y armas. Al inicio de los noventa, grupos paramilitares comenzaron a expandirse con la ayuda de terratenientes, empresarios, políticos y miembros del ejército y otras agencias de seguridad nacional. En este contexto, grupos de personas desplazadas de sus hogares por ejércitos paramilitares comenzaron a reasentarse en Barranquilla. En aquel momento esta ciudad, entre el mar Caribe y el río Magdalena, se estaba urbanizando con cientos de familias que venían en búsqueda de trabajo. La mayoría de los nuevos habitantes se acomodaron en el suroccidente de la ciudad. En estos barrios convivía una gran diversidad de familias, regiones y costumbres, donde las comunidades dependían principalmente del empleo informal. Trabajadores de la construcción, trabajadoras domésticas, peluqueras, manicuristas, vendedores y vendedoras, cuidadores de carros, guardias de seguridad y jardineros. En algunos barrios los recién llegados administraban pequeñas tiendas de abarrotes, donde la comunidad podía pagar a plazos sus alimentos, artículos de tocador, chucherías, agua y licores.

A fines de la década de 1980, estos nuevos residentes se establecieron principalmente en barrios existentes como La Pradera, La Paz, Nueva Colombia, La Cuchilla de Villate, El Pueblo y El Silencio. Pero a medida que llegaban más personas, el sector se expandía y se crearon veinticinco barrios informales entre 1990 y 2005.

Alicia y su esposo se conocieron en una vereda llamada Palomar en el municipio de La Gloria, departamento del Cesar. Tenían una hija y necesitaban oportunidades. Un día se despertaron, agarraron a la niña y se fueron. Primero trataron de hacer vida en la vereda San Bernardo, otro corregimiento del Cesar, en el municipio de Pelaya. Pero una vez allí les pareció que valía la pena irse más lejos: «Tomamos la decisión de venimos aquí a Barranquilla a buscar mejor futuro, un mejor porvenir para la familia». Llegaron con muy pocas maletas a donde un familiar en el barrio La Paz, pero con ideas de buscar vivienda propia.

«Un día mi esposo salió a caminar y consiguió este lugar donde hoy es nuestro hogar», cuenta Alicia sobre la forma como llegaron al barrio Evaristo Sourdis. «Cuando llegamos aquí, vengo embarazada de mi hija. Fue en 1998. Un 12 de febrero». Para entonces, según recuerda bien, el barrio estaba bastante mal. Había pandillas y muchos atracos. «Cuando llegamos, algunos familiares no querían que viviéramos aquí porque era muy peligroso el barrio. Robaban, hacían tantas cosas, y nosotros pues, atemorizados o no, pero con necesidad de tener un hogar. De tener un lugar donde vivir y donde criar a nuestras hijas».

Hoy Alicia cuenta 22 años en la misma calle, y en la misma casa. Las hijas crecieron. El barrio ha cambiado. Las casas fueron remodeladas, las fachadas ahora son más simpáticas. Cuando llegó a la cuadra, los vecinos habían puesto brea en la calle que colindaba con un arroyuelo. Este, a su vez, estaba

rodeado de monte y el monte albergaba insectos. En época de lluvias tenían que estar pendientes de que no se le metiera el agua a la casa. De que no se le metieran las culebras al barrio. Ahora las calles están pavimentadas, el arroyo canalizado y no hay monte. Ya «la vida es mucho menos difícil».

Alicia recuerda el proceso de legalización del Evaristo Sourdis, que inició como una invasión de tierras. Esta fue bautizada con el nombre de un político conservador de la región en un intento de acercarla quizá a la legalidad. Luego vino la conexión a la luz, trenzada a mano por algunos hombres del barrio, para traer electricidad de barrios vecinos. Así, paso a paso, hasta conseguir servicios de alcantarillado, agua, luz y teléfono. Hoy nuevas rutas de buses conectan el barrio con el norte, el centro y la plaza de mercado.

Antes había una energía muy deficiente, cuando llegamos aquí había un alcalde que se llamaba Bernardo Hoyos. Él se fue mucho por la clase social menos favorecida y empezó a colocar el alcantarillado y el agua. Mejoró la calidad de estos servicios, porque en realidad en el barrio Evaristo Sourdis no había sino un agua que traían y que no era normal y luego él hizo el esfuerzo y nos colocó el alcantarillado, un agua normal y empezó a arreglar la luz.

Lo que Alicia recuerda tiene que ver con la primera elección popular de alcaldes. El sur de la ciudad venía de esperar los resultados de un proyecto que diez años atrás había



Mi Barrio Evaristo Sourdis, 2020. Dibujo de Yolanda, una de las hijas de Alicia.

prometido la extensión de redes de agua y alcantarillado y cuyos fondos se despilfarraron. Aunque la primera elección por voto popular acabó en acusaciones de fraude entre los dos candidatos (Jaime Pumarejo Certain y Gustavo Certain Duncan, dos primos hermanos, conservador y liberal respectivamente), la segunda trajo sorpresas.

Mientras los candidatos de familias tradicionales planeaban inversiones en el norte y comunicaban sus dudas sobre si el suroccidente formaba o no parte de Barranquilla, la frustración en el sector era canalizada por el sacerdote Bernardo Hoyos. Hoyos, que llegó en 1984 a Barranquilla con el propósito de abrir una universidad, vivía y predicaba en el suroccidente. Desde ahí comenzó a liderar manifestaciones contra las familias de siempre, liberales y conservadoras, Name y Gerlein. En colaboración con gente de la izquierda, creó el Movimiento Ciudadano. Con Hoyos como candidato, el Movimiento ganó inesperadamente las elecciones a la alcaldía de 1992. Durante 1993 y 1994 su alcaldía consiguió fondos, empezó a cobrarle el agua a las empresas y comercios del norte, presionó contratistas e inauguró gran parte de la red que hoy lleva agua a esos barrios. Aunque a la postre Hoyos perdió toda independencia —transó con los Name y los Gerlein y acabó expulsado de la actividad política por cargos de corrupción— la infraestructura llegó al suroccidente con él.

Alicia me cuenta que hoy hay menos delincuencia. «En estos momentos estoy en capacidad de invitar a cualquiera que quiera venir al barrio», anuncia. Dice también que más

que sentirse del Cesar o Barranquilla, se siente del Evaristo Sourdis, porque es el barrio que ella ayudó a construir. Y le gusta el barrio con su bulla. Le gusta por los vecinos que apenas la ven en la calle la saludan. «Vecina buenas, cómo está usted». Que están prestos tanto a ayudar en cualquier dificultad como a organizar la fiesta del 31 de diciembre.

Yo diría que el barrio Sourdis es uno de los barrios más alegres de Barranquilla, con sus deficiencias violentas y todas estas cosas. Pero yo lo catalogaría como uno de los barrios más alegres. Las personas son muy comunitarias, colaborativas. No dejan sufrir a sus compañeros, a sus vecinos. Yo caracterizo a mi barrio como el mejor de Barranquilla.

Nuevo Amanecer

Buenaventura colinda por el norte con el departamento de Chocó; por el oriente con los municipios de Jamundí, Cali, Dagua y Calima; por el sur con el departamento del Cauca, y por el occidente con el agua del mar. En una parte, la ciudad original, edificada en la isla de Cascajal, donde están el centro y el puerto. En la otra, el continente donde hay sobre todo residencias. Entre las dos está el puente El Piñal.

Diariamente al puerto entran importados desde Argentina, Chile, Perú, Canadá o China trigo, maíz, productos químicos inorgánicos, soya y acero.

Diariamente desde el puerto sale coque, una piedra gris y rugosa como una papa pastusa, formada de la destilación de carbón sin contacto con el aire, y que se usa como combustible sólido. El coque es exportado hacia Perú, Ecuador, Chile, México y Canadá. Hacia allá también salen hulla, azúcar, preparados de azúcar y miel y melaza. Tantas riquezas, que entran y salen por el mar, no son de la ciudad y solo pasan por ahí.

Pese a la corrupción que caracterizó a la empresa estatal Puertos de Colombia, esta ofrecía algunos trabajos estables. Cuando se privatizó el puerto en los noventa, quedaron solo tres fuentes de trabajo. Ninguna estable. Primero, la extracción agroforestal con sus cultivos de caucho y tagua y con el corte de madera. Segundo, la pesca pequeña que se vende en la plaza de mercado. Tercero, el sector de rebusque. Vendedores y vendedoras ambulantes o de comercios, tenderos y tenderas, peinadoras, manicuristas, cocineras, mecánicos de barcos. Con el tiempo cristalizó una cuarta fuente de trabajo para hombres, pues el puerto se consolidó también como un nodo importante en el tráfico de cocaína y el Frente 30 del Bloque Occidental de las FARC-EP se hizo al control de las rutas y las reglas en la zona rural de la ciudad. La vida entonces era difícil, pero fue en el 2000 cuando la cotidianidad se hizo invivible con la llegada del bloque paramilitar Calima, en cabeza de Everth Veloza o alias HH (y la connivencia con grupos armados estatales). HH confesó en versión libre antes de ser extraditado que, mediante asesinatos selectivos

y masacres, su grupo fue responsable de la muerte de más de mil personas en Buenaventura entre 2000 y 2001.

Claudia Andrea es una mujer jovencita. Nació con el milenio, en el año en que los paramilitares se tomaron la ciudad. Sus ancestros fueron descendientes de esclavos obligados a trabajar en la minería de oro. Sus abuelos vinieron a la ciudad y trabajaron duro para fundar el barrio Muro Yusti en la Comuna 4. Llegaron a finales de los sesenta y fueron «construyendo poco a poco en terrenos ganados al mar». Su casa de infancia y todas las demás alrededor eran de madera y se alzaban en palafitos encima del agua. Sus vecinos habían conformado una cooperativa de pescadores. Pese a haber construido el barrio, con sus manos y sus fondos, la comunidad perdía diariamente el control sobre lo que pasaba. Además de un ataque sostenido por las rutas para el tráfico de cocaína, el paramilitarismo empezó a jugar un rol importante en los tejemanejes de los negocios legales, incluyendo los que tenían que ver con el puerto. Durante este período actores estatales e internacionales invirtieron en megaproyectos de infraestructura para construir un malecón y ampliar la capacidad del puerto. Dichas ampliaciones fueron posibles gracias al accionar paramilitar, pues requirieron el desplazamiento de familias y barrios costeros.

Muro Yusti vivió dos masacres a manos del mentado Bloque Calima. El barrio se fue deteriorando. Conseguir agua dulce era cada vez más difícil, como lo fue también conseguir

tranquilidad. El proyecto paramilitar tenía que ver además con la apropiación de los fondos y los cargos públicos. Juan Carlos Martínez Sinisterra, un político nacido en Timbiquí pero importante en Buenaventura, colaboró con la llegada de paramilitares, quienes a su vez le ayudaron a ganar una curul en el Senado. Primero desde el Congreso y luego desde la cárcel, Martínez apalancó la elección de varios alcaldes en Buenaventura. Estos últimos fueron los que, con ayuda de políticos de otros partidos, se robaron casi toda la plata de la infraestructura de agua y saneamiento de la ciudad.

Tras el proceso de desmovilización en 2004, gran parte del paramilitarismo regional se recicló en grupos de nombres nuevos como los Rastros, los Machos, el Clan del Golfo y la Empresa, que, además de luchar entre ellos, se disputaron el control de las rutas del narcotráfico y se encargaron de dar continuidad a la estrategia paramilitar de robo de recursos públicos, desalojo de comunidades y apoyos puntuales a inversionistas particulares. En 2012, se registraron crímenes tan duros que barrios enteros salieron en pocos meses buscando resguardo. Los padres de Claudia Andrea tuvieron que dejar su casa propia, irse del Muro Yusti con sus cuatro hijos y empezar otra vez en el barrio Nuevo Amanecer, de la Comuna 12. Por primera vez en su vida tuvieron que pagar arriendo.

Claudia Andrea tenía trece años cuando se fueron y del barrio en el que nació solo recuerda que «era un barrio conflictivo». Lleva ocho años en el Nuevo Amanecer y es el

lugar que conoce y quiere. «Nuevo Amanecer se convirtió en mi nuevo hogar, en ese momento era un barrio tranquilo, unas personas súper amables. Los vecinos muy comprensivos nos apoyaron en cada momento», recuerda. El barrio se sintió especialmente cálido tras la muerte de su padre, quien era el jefe de la familia y principal sustento de la casa: «Estuvieron allí pendientes de qué necesitábamos. De si nos podían colaborar. Eso es algo que significa mucho para ti, que personas que no son de tu familia te apoyen como si lo fueras». En el nuevo barrio aprendió sobre peluquería. También se enamoró, tuvo un hijo y se desenamoró. Sus hermanos menores se encapricharon con el deporte y ganaron varios campeonatos. La hermana mayor se casó y con ayuda de su esposo pudo empezar la universidad. Como todos vivían en la misma casa, el ingreso del cuñado alcanzaba.

Para Claudia Andrea el barrio es la vida y son los amigos. «En todas partes no se cuenta con la suerte de encontrar personas así, que lo apoyan a uno en cada circunstancia, en cada momento», me dice. «No todo es color de rosa», explica. No quiere que piense que en el Nuevo Amanecer no hay problemas. «También se vivieron muchas cosas aquí y en Buenaventura como tal, pues las bandas criminales existen en los barrios y es una de las cosas que a veces atemorizan a la comunidad». La Comuna 12 es de vital importancia para las bandas criminales pues está justo en el límite entre los barrios urbanos y rurales de Buenaventura y muchos de los habitantes del Nuevo Amanecer han tomado la decisión de

irse. «De dejar sus casas botadas», me dice Claudia, así lo hizo su familia ocho años atrás.

Cada final de la tarde, Claudia Andrea y los jóvenes del barrio, organizaban comitivas para hablar y compartir sobre lo que pasó en el día. En esas reuniones «podíamos expresarnos». Esta narración la hace con cierta tristeza pues hace solo una semana ella y todos los demás miembros de la familia tuvieron que dejar su hogar en el Nuevo Amanecer. Es 10 de agosto de 2020 y el cuñado lleva demasiados días sin poder trabajar por las cuarentenas con que la ciudad hace frente a la pandemia de COVID-19. Se acumularon los arriendos sin pagar y el jueves 6 de agosto empacaron rápido sus cosas y se fueron del barrio. Hoy viven en la casa de una familiar en zona rural de Buenaventura.



Mudanza desde el barrio Nuevo Amanecer hacia la zona rural de Buenaventura, 2020. Foto, Claudia Andrea.

La vivienda a la que llegaron es grande y caben todos. El barrio es «todavía muy tranquilo». Claudia Andrea lamenta la pérdida de todo un colchón de amigos con los que podía contar cada que estaba volando bajo. Le preocupa también empezar en un barrio en que aún tanto está por hacer y en donde no han logrado ciertas conexiones vitales con servicios. Hay menos agua potable, más zancudos. No cuentan con un centro de salud cerca y tienen transporte de ida y vuelta a la ciudad solo una vez al día. Este no es en bus sino en campero, o más bien carpati, una versión rumana del campero a gas soviético que se vendió en Colombia desde finales de los años sesenta hasta mediados de los setenta.

Poniéndole el pecho a la nostalgia, Claudia afirma que sabe que los servicios mejorarán «con el transcurrir del tiempo, pues, poco a poco se van a ir dando». A fin de cuentas, de eso se trata la ciudad, de hacer cambios. De traer el agua, los colegios, los vecinos que se convertirán en aliados. De marcar el territorio, como lo explicaron los raperos del Lleras.

Claudia Andrea también confiesa que desde ya le ve cosas buenas al sector y empieza a dejar atrás los recuerdos del Nuevo Amanecer. Ahora están rodeados de mucha naturaleza y pueden respirar aire puro, incluso en medio de la cuarentena. «Nos gusta el nuevo atardecer» me dice; «cuando ya va cayendo el sol. Es una linda vista la que podemos observar desde acá». †

(Los nombres propios a excepción de los de mi familia han sido cambiados).

ÁLVARO RESTREPO

Territorio-cuerpo: verdad y dolor

Para Leonardo José Serrano Pineda

(1969-2020)

In memoriam

I

SOY UN BAILARÍN, UN COREÓGRAFO, UN ARTISTA EDUCADOR y un pensador del cuerpo. Desde esta orilla, la orilla del arte y la pedagogía, quiero proponer esta reflexión sobre mi noción de territorio. En el Colegio del Cuerpo (eCdC), la institución que fundé con Marie France Delieuvin hace veintitrés años en Cartagena de Indias, la ciudad del «*apartheid* silencioso», hemos equiparado siempre la idea de cuerpo a la noción de territorio, esto es, de un espacio geográfico. Un colegio es una comunidad, así como un cuerpo es un ser vivo compuesto por células, órganos, tejidos: un cuerpo social, un



cuerpo colegiado. Un cuerpo que es en sí mismo «un lugar» y que a su vez ocupa un espacio, un territorio.

II

Hablamos en eCdC de educar y esculpir el cuerpo físico, el cuerpo mental y el cuerpo espiritual. Como si el cuerpo fuera solo físico, en la educación tradicional confiamos ese cuerpo físico a los «educadores físicos». En ella, en la educación tradicional, la mente está siempre disociada del cuerpo, (confinada inapelablemente en el cerebro) asignándole así la tarea preponderante de acumular y procesar el conocimiento «racional» con el cuerpo físico inmovilizado y preso en un pupitre y en una (j)aula de clase. En esta pedagogía adoceñada, el cuerpo espiritual recibe algo de formación sensible, estética y ética a través de las materias, cada vez más inexistentes en el currículo, de educación artística y humanidades.

Este cuerpo que habitamos, que es nuestra casa, el lugar donde acontece nuestra vida y nuestra única pertenencia real —ya que no *tenemos* un cuerpo, sino que *somos* un cuerpo— es también una metáfora del territorio: el territorio físico (geográfico), el territorio mental (cultural y político) y el territorio espiritual (metafísico). Del mismo modo como esculpimos el cuerpo individual esculpimos también el cuerpo social, tal como lo entendía el artista alemán Joseph Beuys, quien habló de «escultura social»: el arte y



la educación como cinces que dan forma y contenido al hecho de estar vivos como individuos y como comunidad.

Antes de entrar a profundizar en lo que entendemos por estas tres dimensiones del territorio (objetivo y subjetivo) hablemos de la relación cuerpo-verdad. La sacerdotisa de la danza moderna, la descomunal Martha Graham, equivalente a Picasso o a Stravinsky en genio creativo y de quien tuve el privilegio de ser discípulo en Nueva York, decía «the body never lies (el cuerpo nunca miente)». El cuerpo no sabe mentir pues lo que está escrito en sus páginas, como en un libro de carne y sangre, es indeleble. A propósito, ahora que escribo este texto para la Comisión de la Verdad recuerdo que Christian Mogollón, ex alumno de eCdC y hoy miembro de nuestra compañía profesional Cuerpo de Indias, me dijo alguna vez: «Me quedé en eCdC porque usted dijo un día que aquí veníamos a aprender la verdad del movimiento». En otras palabras, se quedó para estudiar y a adquirir las técnicas de la verdad.

III

Luego de ver mi obra *sacrifiXio: la consagración de la Paz*, en la cual utilizo treinta y cinco enormes «caracoles pala» que me han acompañado desde hace más de treinta años en muchas de mis creaciones coreográficas, el imprescindible Alfredo Molano (q.e.p.d.) quiso saber el porqué de la presencia

reiterada de estos objetos-seres y recordé que los había usado por primera vez en 1991 en una obra dedicada a mi hermano, sordomudo y autista, Gonzalo Restrepo (q.e.p.d.).

«Busco las palabras con las que puedo disfrazar el nombre de G. La primera que se despeña es caracol: una oreja gigante, un recipiente/recinto que alberga un mar imaginario o el eco indescifrable de un mar indescifrable. Caracol (me gusta) porque denota el encierro, fetalidad, lentitud-paciencia secular. Caracol (me gusta) porque supone un refugio, un horizonte-ombigo, un templo donde las espirales ofician el rito de las resurrecciones no triunfales. Busco las palabras con las que puedo disfrazar el nombre de G: árbol, árbol dormido, vivo mas no expectante, pretexto de una culpa, árbol que no blasfema ni conoce la lepra de la felicidad. Caracol, árbol, tumba fértil, juego de niño que sin crecer envejece, juego de manos, letal, sin amargura. El nombre de G. (la letra G. es ya una espiral), una lluvia de corcho, un derrumbe de algodón, un ojo inundado por la pena, un ojo de lija, una niña que bala como una oveja, un cuerpo masacrado por la química, un laberinto de vidrio que se quiebra y se reconstruye con cada bostezo».

El caracol es una oreja: la verdad que debe ser
contada y escuchada.

El caracol es un laberinto: es un espacio intrincado,
cifrado, críptico, tortuoso.

El caracol es una espiral: es un retorno infinito al
origen.

El caracol contiene en su entraña un árbol: un tronco y unas ramas y un fruto.

El caracol contiene una madre: en lo más profundo y recóndito, un ser blando, femenino, vulnerable: la verdad.

IV—Colombia-Laberinto

Para el prólogo de nuestra obra *sacrifiXio: la consagración de la Paz* creé una danza, con música del compositor francés Marc Antoine Charpentier: el *Stabat Mater*. En una animación de video, como fondo de escena, vemos el bellissimo y enigmático laberinto de la catedral gótica de Chartres (Francia) metamorfosearse en el mapa del territorio de Colombia a medida que los bailarines (vestidas de rojo-sangre las mujeres y de negro-muerte los hombres) tejen y desteejen el espacio.

V

Cuerpo/cuna/casa/calle/cárcel/calle/cuerpo:
mapa/bitácora/territorio del dolor.

En esta reflexión quiero hablar del territorio como un cuerpo (como un organismo) y del cuerpo como un territorio (como un mapa). Pero también quiero que este cuerpo/territorio tenga un rostro, un nombre, una identidad. No quiero

hablar del territorio en abstracto ni tampoco del cuerpo, cualquier cuerpo. Quiero narrar una historia real que es la historia de un ser real, de un colombiano humilde asesinado desde que nació por un país que le cerró de manera sistemática y despiadada todas las puertas: sí, desde su nacimiento hasta su trágica muerte, acaecida hace apenas unos pocos días.

Quiero que este relato que voy a compartir con los lectores nos sirva de espejo y espero que la imagen que nos devuelva este espejo nos haga llorar por lo que permitimos que ocurra a diario en nuestro país: territorio del dolor y el abandono.

VI

En 1978 yo tenía 21 años y estudiaba filosofía y literatura. En el Urabá antioqueño conocí al sacerdote salesiano italiano Javier de Nicolás, director para entonces del Instituto Distrital de Protección de la Niñez (IDIPRON) y ampliamente conocido por su denodado apostolado a favor de los niños que viven en la calle, principalmente en Bogotá. Nicolás me propuso ayudarlo a colonizar una hacienda que el ICBF le acababa de donar en Acandí para que montara un centro de reeducación de estos niños, conocidos coloquialmente como *gamines*. Fue la primera vez que tuve contacto directo con el drama de la niñez abandonada. Eran estos, niños y jóvenes que el sacerdote había llevado a Acandí para que iniciaran su proceso de resocialización y reeducación en otro territorio,

en otro contexto, lejos de sus referentes habituales e inmersos en una naturaleza feroz y feraz que les planteaba otros retos y los ponía frente a lo desconocido.

Meses después decidí regresar a Bogotá para conocer de primera mano —*in situ*— la realidad de estos pequeños que se lanzan a la calle para huir de la miseria y de otras formas de violencia. Me convertí así en «educador de calle» haciendo seguimiento a las «galladas», conociendo sus hábitos, reconociendo y demarcando sus territorios para poder ubicarlos después, visitarlos en la noche en sus «cambuches» y sorprenderlos con chocolate caliente y almojábanas. Así empezábamos a convencerlos para que fueran ellos mismos quienes pidieran ingresar al programa del padre Nicolás. Dormía de noche en una de las casas del programa, llamada Bosconia y ubicada en la calle 8ª entre carreras 10ª y 11. Era este, hasta hace un par de décadas, uno de esos territorios urbanos conocidos como ollas, donde abundaban la prostitución, la drogadicción y el microtráfico. Yo tenía como labor supervisar uno de los dormitorios y velar por la disciplina, limpieza y dignidad de ese espacio.

Durante el día, los niños que aún no habían entrado al programa, tenían la posibilidad de asistir al llamado Patio de la 11, el cual era una especie de territorio neutral, o de paso, un espacio umbral que los acogía para ofrecerles servicios de duchas, odontología, lavandería, peluquería, refrigerios y almuerzos y consultas médicas, esto último muchas veces para curar enfermedades venéreas. Una especie de limbo,

en medio de un territorio de peligro y dolor donde se enfrentaban dificultades sin tregua.

Alguna vez, durante una de mis correrías matutinas, descubrí a un niño de escasos ocho años de edad en el fondo de las escaleras de los sótanos de la avenida Jiménez, en la carrera 7ª con calle 13. Dormía solo, arrunchado como un ovillo con una perra negra, una suerte de labradora criolla que le servía a la vez de almohada, cobija y guardiana. Al verme, la perra, desafiante, me mostró los dientes, anunciándole al niño la llegada de un extraño. De inmediato él se despertó y, con una sonrisa luminosa e instantánea, derritió el hielo, calmó a Lassie, que era el nombre de la *labradora*, y desplegó toda su luz, simpatía e inteligencia. Se presentó: «Soy Leonardo José Serrano Pineda, (en adelante Jose, así, sin tilde en la e), tengo ocho años y nací en Mesa de los Santos, en Santander». Llevaba dos años viviendo en la calle luego de huir de las palizas que le propinaba su padre. Llegó a Bogotá escondido en un bus intermunicipal.

Jose me pidió que lo esperara un momento para poder cumplir un ritual cotidiano: atravesar la Jiménez con destino a la iglesia de San Francisco para rezar por su madre, a quien había dejado muy enferma en Los Santos y, luego, a una panadería cercana donde le regalaban una bolsa de pan que llevaba todos los días a unos ancianos que, como él, también vivían en la calle.

La elocuencia y la chispa de este hombrecito, la claridad y lógica de sus razonamientos, la ética natural con que

expresaba su convicción de no fumar, de no robar ni consumir drogas, así como su decisión de no pertenecer a ninguna gallada ni permitir que los chicos mayores, «los largos», lo matonearan y abusaran de él, me embujaron. A partir de entonces lo visitaba con frecuencia durante mis recorridos cotidianos para intentar convencerlo de que ingresara al programa de Bosconia, a lo que él siempre se negó aduciendo que no quería perder su libertad, su independencia, su autonomía, además de que contaba con la leal Lassie, a quien por nada del mundo abandonaría. Traté de hacerlo entender que no siempre podría vivir de la caridad, que en ese momento era un niño bien parecido que generaba ternura y suscitaba generosidad y benevolencia en todos a quienes abordaba. «Pero llegará un momento», le dije, «en que no te darán limosna y tendrás que idearte otros mecanismos de supervivencia». Le propuse adoptar a Lassie y llevarla a la casa finca a las afueras de Bogotá donde vivía con varios amigos, un lugar que él podría visitar los fines de semana siempre y cuando accediera a entrar en una de las casas del programa. Finalmente, Jose aceptó el experimento y me confió a su guardiana y compañera en una muestra de plena confianza.

Poco tiempo después sucedió lo inevitable, lo predecible. Jose no se adaptó al régimen y disciplina del programa. El hostigamiento y matoneo de «los largos» ayudaron a desanimarlo. Cuando visitaba a su ladradora adorada los fines de semana, se sentía cómodo y bien acogido. No olvidemos que la casa finca quedaba en el campo y él era un niño campesino.

Con mis amigos decidimos acogerlo, en una suerte de adopción informal que se convirtió, para todos, en una nueva vida. Lo matriculamos en la escuela de la vereda, le compramos una bicicleta, ropa nueva, libros y el sueño de tener un hogar y una familia —aunque atípica— se inicia.

Jose se integró muy bien a su nuevo ritmo y a la rutina y durante varios meses la vida fluyó en armonía. Yo continué mi trabajo en el programa del padre Nicolás, ahora como educador externo, pero la muerte de un niño, aplastado por el camión que traía los alimentos a Bosconia y a quien apodaban El Gorila, me lleva a renunciar. Yo estaba intentando ayudarlo a superar la adicción a las anfetaminas y me vi desbordado y agobiado por el dolor y la impotencia. Necesitaba alejarme por un tiempo de ese territorio de miseria y violencia cotidianos y buscar cómo cualificarme en algún lenguaje pedagógico que me permitiera volver a trabajar con estos niños algún día, dotado de una herramienta más efectiva que mi simple corazón solidario. Las máscaras, la capacidad histriónica, la coraza con la que deben cubrirse y disfrazarse estos pequeños para defenderse de la vida, me llevó a pensar que quizás en el teatro podría encontrar un lenguaje catártico, una potente herramienta terapéutica para ayudarlos a reelaborar sus historias y a exorcizar sus demonios. Fue entonces cuando me matriculé en la Escuela Nacional de Arte Dramático.

Mientras tanto, Jose continuaba su nueva vida en nuestra casa finca ubicada entre Chía y Cajicá. Durante algún tiempo

se dedicó a sus estudios en la escuela veredal y a cultivar la tierra con algunos de los integrantes de la comuna. Sin embargo, poco a poco empezaron a aflorar en su personalidad algunos rasgos de agresividad, rebeldía y resentimiento y una noche, luego de una acalorada discusión conmigo, decidió irse en medio del llanto y el descontrol. Para todos, su partida representaba, a la vez, una gran tristeza y una suerte de alivio: la pesada carga de la responsabilidad de su crianza se había empezado a diluir entre todos y llegó un momento en que no supimos cómo asumir el proceso educativo de este pequeño —luminoso y lúcido— pero profundamente herido. A fin de cuentas, para todos era un desconocido, un enigma.

A los pocos meses, cuando ya la comuna se había desintegrado, quizás motivada y acelerada su disolución por la partida intempestiva y violenta de Jose, él reapareció un día en una vereda cercana, ya sin Lassie, acompañado con una niña de la calle, un poco mayor que él. Una de mis hermanas vivía ahora allí con su compañero, un exintegrante de la comuna en la casa finca, y los acogió durante unas semanas. Pero la actitud de Jose ahora era otra: fumaba cigarrillos y marihuana y su inocencia e ingenuidad se habían trocado en malicia y desconfianza. Al poco tiempo, otro conflicto motivó de nuevo su partida, esta vez definitiva.

La ausencia de Jose quedó en mi alma como una herida profunda, abierta por años, una herida que nunca cicatrizó. Me culpaba a mí mismo en lo más profundo de mi ser por

no haber sabido guiarlo con más tino, madurez y persistencia. Lamentaba su pérdida. Durante varias décadas —más de cuatro— seguí pensando cada tanto en él, acariciando la ilusión de reencontrarlo algún día en la calle o quizás recibiendo una llamada o un correo con noticias sobre su vida. La experiencia vivida con el programa del padre Nicolás y los niños que viven en la calle y, en especial, el contacto con Jose, marcarían mi vida para siempre y serían definitivos en la escogencia de mi senda vocacional y profesional: la educación de niños y jóvenes en situación de vulnerabilidad a través de las artes del cuerpo.

VII—2020

El haber conocido la historia de otro niño santandereano en un documental, Albeiro Vargas, un hombre admirable que, desde muy joven y en un barrio marginal de Bucaramanga, decidió dedicar su vida al cuidado de ancianos abandonados, desencadenó en mí la obsesión por averiguar sobre la suerte de Jose y trajo a mi memoria la imagen de Jose niño mendigando en las calles de Bogotá para luego llevarle el desayuno a ancianos habitantes de calle como él. A través del Facebook, herramienta que no utilizo y en la que nunca había pensado como posible medio de búsqueda, descubrí a un hombre con su mismo nombre y con un rostro que podía ser el suyo. Le envié un mensaje y una hermosa fotografía que conservo

de cuando él era un niño, pero no obtuve respuesta. Intenté investigar con los «amigos» que aparecen en su página de esta red social y finalmente una hermana que vive en Piedecuesta, Santander, respondió y me dio un número de contacto.

VIII — 11 de junio de 2020

El reencuentro telefónico fue muy emotivo. Habían pasado más de cuatro décadas y, sin embargo, los dos conservábamos una vívida y afectuosa memoria de aquel momento en que la vida nos unió. Poco a poco se empezaron a desgranar los relatos de los acontecimientos ocurridos en estos largos y convulsos años. Jose seguía siendo un andariego: vivía en La Pintada, Antioquia, tenía un triciclo motorizado que él mismo construyó con el que hacía acarreos y se rebuscaba la vida y trabajaba ocasionalmente en la mina de oro en el río Cauca, allí en La Pintada.

A partir de ese momento, y ante la imposibilidad de reencontrarnos físicamente a causa de la cuarentena impuesta por la pandemia, hablamos todos los días por teléfono, a veces hasta dos y tres veces al día.

En esas largas conversaciones que se volvieron rutinarias, Jose me contó que, luego de abandonar la casa finca en la que vivíamos, el director de ese entonces de UNICEF en Colombia, el canadiense Peter Taçon, quiso adoptarlo e incluso lo llevó en un viaje a Costa Rica, México, Estados Unidos y Canadá.

Pero al regresar de ese viaje, por razones que no supo explicarme, decidió romper los papeles de la adopción y se lanzó de nuevo a la calle. Me contó además que luego cayó en las drogas, hizo parte de una banda de atracadores, se vinculó por un tiempo corto a un grupo armado ilegal en el Magdalena Medio y pasó nueve años en la cárcel de Santa Rosa de Viterbo por un delito que (él afirmaba) no cometió.

Durante esos largos años de cautiverio, también me dijo, estuvo pensando en cómo vengarse al recobrar la libertad por la condena injusta que había padecido, pero finalmente decidió perdonar a quienes lo acusaron: «No quise ser para siempre carne de prisión», afirmó.

Le pregunté por WhatsApp cuál fue el delito que él afirmaba que no había cometido y por el que terminó pagando tantos años. «Cuando este virus se vaya y nos podamos ver cara a cara, se lo contaré», me respondió por esa misma vía. «Quiero que sepa que yo no ise (sic) nada. Y que aún soy bueno». La picardía y la gracia del niño de hace cuarenta años aún se sentía en su manera de expresarse.

IX— Lunes 6 a.m. 27 de julio de 2020 (año de la maestra pandemia)

Cuarenta y seis días después de haber logrado un reencuentro con el que ambos habíamos soñado por casi cuarenta y seis años, una llamada de su hermana me anunció que Jose

había fallecido: había caído esa misma madrugada de un puente en La Pintada. Murió en el acto.

Incredulidad, perplejidad, dolor.

La noche anterior Jose me había dicho: «A todos nos llega nuestra hora».

«Dios escribe, borra y vuelve a escribir», me escribió un día. El niño que huyó de Santander a los seis años molido a palos por su padre; que terminó en las calles de Bogotá enfrentando toda clase de amenazas y peligros; que casi fue adoptado primero por jóvenes artistas e idealistas y luego por un alto funcionario del primer mundo; que regresó de nuevo a la calle; que terminó drogándose, atracando y haciendo parte de un grupo armado irregular; que purgó nueve años de cárcel por un delito que no cometió (decidí firmemente creerle), muere una madrugada cualquiera cayendo en un barranco (¿saltó? ¿Lo empujaron? ¿Resbaló?).

La geografía de su destino laberíntico: un caracol de dolor, una espiral de injusticia y abandono, un cuerpo, como un territorio, roto en mil pedazos: una víctima más —inscrita en busca de reparación, según pude comprobar— entre los nueve millones de colombianos ultrajados que ostenta con oprobio nuestro «RUV» (Registro Único de Víctimas). Hablar del cuerpo como territorio de Leonardo José Serrano Pineda es hablar de una geografía de oportunidades negadas y segadas desde el nacimiento; es hablar de todos los niños que en este país terminan siendo carne de prisión, carne de cañón: carne, ¡solo carne!

X

En mis casi cuarenta años de práctica pedagógica he sido testigo de excepción de las minas de oro y de diamantes humanos que nuestro territorio nación contiene, he podido ver esos diamantes bruñidos y pulidos y tallados cuando se ofrecen oportunidades y he visto también otras minas quebrar patas, mutilar, estallar en el resentimiento, el odio y la venganza.

El cuerpo no miente: en el mapa del territorio que es nuestro cuerpo está trazada la ruta para la *sanación*, para llegar a la verdad, o para perdernos definitivamente en el caracol, en el laberinto de la soledad y del no-país que habitamos y nos habita. ‡



Autores

01. FRANCIA **MÁRQUEZ**

Yolombó, Suárez, Cauca. Lideresa social afrodescendiente, defensora de los DD. HH. y activista medioambiental. Fue representante legal del Concejo Comunitario de La Toma. Actualmente es candidata a la presidencia de Colombia y presidenta del Consejo Nacional de Paz y Convivencia.

02. TATIANA **ACEVEDO**

Barrancabermeja. Antropóloga de la Universidad de los Andes con maestría en Ciencia Política de la Universidad Nacional de Colombia y doctorado en Geografía de la Universidad de Montreal. Actualmente estudia en el IHE Delft Institute for Water Education, en Holanda, y es columnista dominical de *El Espectador*.

03. ÁLVARO **RESTREPO**

Medellín. Bailarín y coreógrafo. Trabajó como voluntario en Bosconia, un programa para niños habitantes de calle en Bogotá, se formó en Nueva York y cosechó sus primeros triunfos en Europa. Cofundador y director de la fundación El Colegio del Cuerpo, el cual ha brindado a través del arte la oportunidad de una vida diferente a más de ocho mil niños y adolescentes de barrios vulnerables de Cartagena.